



Ririro

LEE DONDE QUIERAS, CUANDO QUIERAS

El olmo encantado

Henry Beston

Érase una vez un príncipe que quería montar a caballo con sus amigos en el bosque. El caballo del príncipe se desbocó y salió disparado, hasta que pronto el príncipe se encontró solo con su caballo en una zona profunda del bosque. De repente, el príncipe se sobresaltó al oír un gruñido salvaje detrás del caballo. El caballo se dio la vuelta y se asustó mucho. Un lobo gris estaba allí, mostrando sus malvados dientes amarillos. El caballo quiso salir al galope, pero el príncipe se inclinó hacia delante y golpeó al lobo con su látigo.



—¿Cómo te atreves a pegarle a mi mascota? —gritó una vieja bruja a lo lejos. Se acercó y le habló al príncipe:

—Te arrepentirás de este día.

El príncipe regresó a la parte del bosque donde se había separado de sus amigos. Pero el camino llevaba al lugar donde se había encontrado con la bruja enfadada y su lobo. Sin embargo, su aspecto era completamente distinto. Empezó a tener mucha sed. En el campo verde vio a una anciana campesina. El príncipe le preguntó si sabía dónde podía encontrar agua para beber.

Ahora bien, esta campesina era la bruja furiosa en una forma diferente. Le dijo dónde podía encontrar una fuente de agua. Por supuesto, él no sabía que la bruja acababa de encantar el agua que le indicaba. Al llegar a la fuente, el príncipe se arrodilló en el borde y bebió el agua. Estaba a punto de montar en su caballo cuando un terrible dolor recorrió su cuerpo. Sus brazos se alargaron y se convirtieron en ramas. Sus dedos se convirtieron en ramitas. Sus pies echaron raíces en la tierra. ¡El príncipe se había transformado en un olmo gigante!



Sus amigos estaban buscando al príncipe, pero no pudieron encontrarlo por ninguna parte. Pasaron días buscándolo hasta que tuvieron que darse por vencidos. Un nuevo príncipe gobernaba la tierra. Cada vez que la gente pasaba junto a él, el príncipe gritaba:

—¡Yo soy el príncipe! ¡Yo soy el príncipe! —pero nadie lo oía.

El primer año, el príncipe tuvo nuevos residentes. Las palomas se instalaron en las ramas superiores del árbol. Aunque el príncipe no podía hablar con los humanos, con los árboles y los pájaros era distinto. Hablaba su idioma.

Una noche de verano, las palomas le dijeron:

—Esta noche, el rey de los árboles visitará el bosque. Es alto, moreno y fuerte. Vive en un gran pino en el norte. Al anochecer del solsticio de verano viaja por el mundo para ver si todo va bien con los árboles.

—¿Crees que pueda ayudarme? —preguntó el príncipe.

—Puedes preguntarle —respondieron las palomas.

Efectivamente, a las doce en punto, el rey de los árboles entró en el bosque. Era alto, moreno y majestuoso.

—¿Va todo bien con ustedes, pueblo mío? —preguntó el rey con una voz tan tranquilizadora como el sonido del viento en las ramas en un día de verano.

—Sí, todo va bien —respondieron los árboles

—Hasta la próxima noche de verano —dijo el majestuoso rey. Entonces el pobre príncipe gritó:

—¡Por favor, quédate un rato! Aunque no pertenezco a tu pueblo, ¡porque soy un príncipe! Una bruja malvada me ha convertido en un árbol. ¿Puedes ayudarme?

—Desgraciadamente, mi pobre amigo, no puedo hacer nada —respondió el rey de los árboles—. Sin embargo, no desesperes. Viajo por todo el mundo, seguramente encontraré a alguien que pueda ayudarte. Volveré a verte la próxima noche de verano.



El gran olmo balanceó tristemente sus ramas y el rey partió.

Al año siguiente, en primavera, una niña visitaba el olmo todos los días. Le gustaba sentarse en su sombra junto a su tronco. La niña había sido acogida por una familia de leñadores tras la muerte de su padre. Su padre había sido un rico

comerciante, pero había sufrido muchas desgracias y no podía dejarle nada. La familia de leñadores era su única familia, pero la hacían trabajar duro todos los días.

El príncipe conoció toda la historia y sintió mucha simpatía por la chica. Finalmente, se enamoró profundamente de ella. La muchacha se sentía tranquila y feliz a la sombra del gran olmo. No había otro lugar donde se sintiera tan bien.

Era costumbre que los leñadores talaran árboles en verano para recoger leña para el invierno. La niña oyó decir a un leñador que esta vez iban a talar un olmo grande.

—No, el olmo no —gritó la niña.

—Por supuesto —contestó el leñador—. Mañana por la mañana lo cortaremos. ¿Por qué lloras, niña tonta?

—Oh, por favor, no tales este árbol —suplicó la niña.

—¡Tonterías! —dijo el leñador—. Seguro que estás perdiendo el tiempo bajo sus ramas. Mañana lo derribaremos.

Esa noche, la niña ideó un plan para salvar el olmo. Se levantó temprano en pleno verano y corrió al bosque. Allí, se trepó al gran olmo y se escondió en sus ramas superiores.

Una hora después de salir el sol, oyó las voces de los leñadores. Se reunieron alrededor del árbol y sacaron sus afiladas hachas. El jefe de los leñadores levantó su hacha en el aire.

—Yo daré el primer golpe —dijo a los hombres. De repente, se oyó una voz desde la copa del árbol. Cantaba una canción.

—“Baja el hacha y no me tales, no seas tonto, más te vale, ¿Quieres sufrir una horrible muerte? ¡Este verano acabará tu suerte!”.

—¡Hay un espíritu en el árbol! —gritaron los leñadores. Y para gran disgusto del jefe, todos salieron corriendo del bosque a paso ligero. En el momento en que el leñador jefe estaba a punto de terminar el trabajo, la niña empezó a cantar de nuevo. Esta vez, el leñador se inquietó. No obstante, lo intentó por tercera vez y volvió a oír la canción. Ahora, el hombre no pudo soportarlo más y huyó despavorido.

La niña se quedó escondida en el árbol todo el día. Cuando oscureció, se quedó profundamente dormida. Poco antes de medianoche, la despertó una voz



furiosa. Era el leñador jefe, que le gritó:

—¡Baja del árbol, niña malvada y embustera, o lo talaré inmediatamente!

El leñador había vuelto a casa y no había encontrado a la niña. Esto le hizo sospechar que era su voz la que había asustado a sus hombres. Cuando el leñador levantó el hacha para dar su primer golpe, vio que dos seres se acercaban a él. Eran el rey de los árboles y su amigo, el poderoso mago Gorbodoc. El leñador se quedó clavado en el suelo.

—Baja, jovencita —dijo el rey de los árboles—. Has hecho bien. Tu vida infeliz ahora es cosa del pasado. Sólo te esperan días felices.

La niña bajó del árbol y se plantó delante del mago y el rey. Incluso con su vestido harapiento, estaba preciosa. Gorbodoc lanzó un hechizo, tocando el tronco del árbol con su varita. En un instante, el gran olmo se transformó en un apuesto príncipe.

—Bienvenido, príncipe —dijo el mago—. La vieja bruja ya no te molestará. La convertí en una lechuza por el camino y se la di a la reina de Farolandia.

El príncipe naturalmente se mostró agradecido con rey de los árboles y el mago. Recuperó su castillo y se casó con la muchacha. Vivieron felices para siempre.



Los cuentos nos ayudan a explorar culturas, aprender lecciones morales, conectar con la naturaleza — o simplemente divertirnos. Por eso ririro.com ofrece más de 3.000 cuentos gratuitos — cuentos de hadas, fábulas, cuentos para dormir, mitos y mucho más — para todas las edades, en 13 idiomas, con PDF imprimibles gratis y a menudo audio. Leer debería ser un derecho, no un privilegio. Comparte ririro.com y difunde la alegría de leer.

Instagram: @ririro_reading · Pinterest: pinterest.com/ririrocom